

IMPACTO SUBJETIVOS EN TIEMPOS DE PANDEMIA

PUESTA EN ESCENA DE ALGUNOS SENTIDOS

Lic. María Eugenia Noble; Lic. Mariana Rubio;

Lic. Mónica González; Lic. Daniel Pereira¹

Ha pasado más de un año, la pandemia persiste y nos sigue situando a terapeutas y pacientes en un presente incierto, que se enclava a modo de ensueño, de irrealidad ficcional; un presente que nos devuelve un real ominoso, de extrañeza aún hoy vacilante. Esa extrañeza se ha instalado en nuestras vidas y en la de nuestros pacientes, «mundos superpuestos», al decir de Janine Puget (1982).

Señalaremos brevemente, en nuestro país, tres tiempos distintos de la pandemia que han tenido su impacto en las subjetividades, y trataremos de dar cuenta en diferentes aspectos de los dos primeros. Un primer tiempo de control de la pandemia, caracterizado por el confinamiento, con reducción drástica de la movilidad bajo la consigna del gobierno de *quédate en casa*. En esta fase hubo cierres de centros de actividades económicas, culturales, educativas y sociales, fundamentalmente de oficinas públicas y desarrollo importante del *teletrabajo*. El discurso de la presidencia con conferencias diarias infundía miedo, y se centraba en la consigna de *libertad responsable*. A nivel sanitario el gobierno tomó medidas que ayudaron a controlar la pandemia, con el asesoramiento del GACH (Grupo Asesor Científico Honorario). Desde los distintos grupos políticos hubo coincidencias a nivel sanitario en esta etapa, pero discrepancias fuertes en los aspectos económicos y sociales por la ausencia de transferencias poderosas en lo económico que permitieran apoyar a las poblaciones más vulnerables. Acatar la consigna del gobierno, *quédate en casa*, para aquellas personas con recursos económicos escasos y sin las necesidades básicas satisfechas era muy dificultoso. Esta discrepancia en dichos aspectos se mantuvo en todas las etapas de la pandemia.

¹Integrantes del Espacio Silvia Bleichmar de AUDEPP

El segundo tiempo se caracterizó por la expansión exponencial de los casos. Como tuvo dos picos fue denominada por algunos científicos y expertos como *etapa bifásica*, una etapa con movilidad importante. Se discrepa a nivel político en lo sanitario: mientras que el grupo de los científicos sugiere que el gobierno tome medidas de reducción de la movilidad para cortar la curva exponencial, el gobierno no lo apoya. Se produce un crecimiento exponencial con omisión del gobierno, colocando la responsabilidad en la ciudadanía, lo cual trae como consecuencia la saturación de los CTI y numerosas muertes evitables. Se descontrola la pandemia. El discurso político se centraliza en la negociación de las vacunas. En lo sanitario, el gobierno no toma medidas de reducción de movilidad y apuesta toda su estrategia a la vacunación. Ésta tendrá sus efectos en los meses siguientes, pero el costo en vidas humanas será muy alto. Una tercera etapa es la que estamos viviendo, con un porcentaje muy importante de los ciudadanos apoyando el avance de la vacunación, lo que produce una reducción de los contagios, de internaciones en CTI y de muertes. Se observa una recuperación paulatina en el control de la pandemia y de la movilidad.

La pandemia pone en evidencia, al decir del psiquiatra Manuel Laguarda, la fragilidad de este mundo que está basado en ilusiones. Es, nos dice, una globalización frágil, «una globalización de los capitales, que fluyen de un lado al otro del planeta, pero no de la democracia, del bienestar o de sociedades mejores» (Laguarda, 2020, 1h38m33s). Y también, estimamos una globalización de las epidemias (convertidas en pandemias), de los flagelos ambientales y otros. Una globalización que se caracteriza por una mayor inseguridad.

Esta globalización y este neoliberalismo habían desarmado los Estados de bienestar para favorecer al gran capital financiero, habían desarticulado los sistemas de salud y dejado a la humanidad indemne ante una pandemia que la propia globalización se encargó de trasladar a todo el mundo. La pandemia vino a poner de manifiesto que la globalización era el mundo del darwinismo social, en el cual los más fuertes sobrevivían a la crisis del mercado, ahora en el mundo de la pandemia sobreviven los más fuertes ante el ataque de la enfermedad. Es como si lo siniestro, lo real, lo que estaba escondido detrás de la globalización y el neoliberalismo se hiciera visible en la situación de la pandemia. Aquello que Freud decía de lo siniestro como la cara oculta de lo real, de lo que no se ve pero que está si damos el envés de la realidad. Esa cara la pandemia no la crea, sino que la manifiesta, la hace más exultante, más expresiva. (Laguarda, 2020, 1h41m04s)

Afectación de lo autoconservativo y lo autopreservativo.

Silvia Bleichmar (2010) diferencia los procesos de constitución del psiquismo y los de producción de subjetividad. Ubica a la constitución del psiquismo en relación al sujeto del inconsciente, al funcionamiento psíquico más allá de lo histórico. Tiene que ver con el ordenamiento y la diferenciación tópica, con el trabajo de la pulsión en articulación con el inconsciente y la represión.

Por otro lado, refiere a la producción de subjetividad en el terreno de los factores sociales, históricos y políticos, que producen y modelan a sujetos capaces de ser integrados a la cultura de pertenencia, por lo que se destacan los enunciados epocales. En términos de Castoriadis, autor al que Bleichmar hace referencia, la producción de subjetividad es constituyente e instituyente, aludiendo a los distintos elementos que conllevan a producir un sujeto histórico. Da lugar, entonces, a un psiquismo que se constituye, se funda desde el otro y de esta misma manera sienta las bases para el proceso de humanización (eje de la sexualidad infantil reprimida y eje del narcisismo), incluyendo el reconocimiento ontológico, el lugar del otro como semejante. Un psiquismo abierto, movable, que se transforma y se altera articulando y desarticulando representaciones en cada encuentro y desencuentro con otros.

La autora referida diferencia los conceptos de autoconservación y autopreservación como dos dimensiones distintas dentro del *Yo*, fundamentales en lo que tiene que ver con la relación social al mundo, tanto amorosa como política. La autoconservación tiene que ver, justamente, con la conservación de la vida, mientras que la autopreservación está unida a la preservación de la identidad, de los enunciados identificatorios que hacen al ser del sujeto. Por lo tanto, el *Yo*, como masa libidinal y representacional, identitaria, se articula en los enunciados de base que lo sostienen y le dan sentido, y al decir de Silvia Bleichmar: «Cuando se rompe hace entrar en naufragio al conjunto del aparato y obliga a defensas extremas o conlleva desestructuraciones y restituciones que ya no retornan más a su forma originaria.» (2010, p. 71)

En este sentido, advierte sobre la posibilidad de ruptura que puede darse en momentos de riesgo para la subjetividad, entre los procesos de autoconservación y

autopreservación, pudiendo llevar, en condiciones extremas al alejamiento, incluso contradicción, entre la supervivencia biológica y los enunciados identitarios. (Bleichmar, 2010)

En este contexto de pandemia podemos visibilizar cómo ambos aspectos del *Yo* han estado en un riesgo y tensión permanente, agravando la cotidiana, sutil y desgastante fractura entre ambos procesos que deriva de la desobjetivación que imponen las políticas neoliberales y el capitalismo tardío. Este agravamiento se manifiesta y expresa como una continua amenaza ante la muerte real; como situaciones en las que puede estar en riesgo la vida a consecuencia del encierro, tales como la violencia de género; como enunciados identificatorios, representantes del *Yo*, puestos en jaque por el aislamiento, por perder lugares de referencia y auxilio; así como también por el lugar de amenaza que inaugura el semejante. Todo ello se suma a los indicios que ya se vivenciaban socialmente.

Al decir de Silvia Bleichmar (2010, 2014, 2016), el ser humano se siente despojado de un proyecto trascendente que, a su vez, tenga sentido en lo social, y así desprovisto de la esperanza. Se han evidenciado los efectos de esta ruptura creciente en el impacto de las subjetividades, con manifestaciones en los ámbitos institucionales, sociales y clínicos.

Ética, política e instituciones

¿Qué concepción ética nos devuelve el Estado? Entendiendo la ética como lo plantea Silvia Bleichmar (2016) tomando las ideas del filósofo Emanuel Levinas, quien afirma: «La ética es el reconocimiento de esa presencia inquietante del otro, capaz de arrancarme de mi solipsismo, de mi egoísmo, para volcarme a las responsabilidades infinitas que desde él me convocan». (Bleichmar, p.12) ¿Cómo incide o cómo repercute este sufrimiento de este real, en tanto no metabolizable o no simbolizable, en lo psíquico y en lo social compartido?

La incertidumbre causada por la pandemia, sostiene la psicoanalista Leone, conmueve a las instituciones y sus valores, e interviene como un revelador fotográfico evidenciando aquello que estaba latente.

El incremento de la pobreza en contextos que ya eran vulnerados y marginados pone al descubierto el carácter estructural de la violencia y el *desauxilio* —una de las formas en que se manifiesta la crueldad en el ámbito social, según Silvia Bleichmar (2016) —como aspectos que la pandemia revela en relación a la tramitación del dolor en diferentes planos. Se puede volver a observar en la superficie un fenómeno descrito por Bleichmar hace algunos años: un sistema en el que las responsabilidades políticas se muestran diluidas en el anonimato y las decisiones se presentan mediante racionalidades armadas de manera tal que los sujetos no encuentran posibilidad de enfrentarse a nadie, incluso llevando en muchas ocasiones a acusarse a sí mismos o a lo melancolizado. (Bleichmar, 2007)

Lo mencionado anteriormente ha conducido a la necesidad de implementar nuevas prácticas. Resurgen y se multiplican las ollas populares, trabajadores de distintas instituciones que se encuentran en estos contextos (como centros educativos) organizan distintas acciones entre las que se observan, por ejemplo, colectas destinadas a la compra de canastas alimenticias, campañas para recolectar donaciones de alimentos, ropas, etc.

En este punto, conjuntamente con algo del orden de la solidaridad que parece seguir subsistiendo en la posibilidad de reconocer al otro, se destaca una advertencia y un desafío desde el ámbito institucional que tiene que ver con conciliar, no generar aún mayor desintegración entre los procesos de autoconservación y autopreservación. «¿Cómo se le plantea a alguien el cuidado de la vida sin retransmitirle un sentido de la vida y sin replantearle un futuro?» Se pregunta Silvia Bleichmar (2014, p. 131).

En este sentido, el Psicoanálisis podría aportar en cuanto al impacto subjetivo que tienen las realidades sociales en cómo se da el «ensamblaje entre la ideología y el ordenamiento de los sistemas defensivos del sujeto». (Bleichmar, 2007, p. 81)

Quizá en este momento sea pertinente rescatar los planteos de Bleichmar acerca de la función de las instituciones en cuanto a la restitución de subjetividades, la reciudadanización, pero también como *sujetos sociales* desde la tarea profesional en otros ámbitos, de «luchar contra los efectos desubjetivantes de esa economía» (Bleichmar, 2014, p. 133)

La restitución de subjetividades implicaría reconstruir la consideración de un proyecto a futuro y el surgimiento de la creatividad. Fomentar y rescatar la solidaridad como posibilidad de ver y reconocer la otredad y la injusticia.

Impacto en la subjetividad

En el plano subjetivo, en ese primer tiempo caracterizado por el confinamiento, se desconfiguran los tiempos personales. Un virus mutante pone de manifiesto la forma de comunicarnos y de estar con otros en la vida cotidiana. Nos aloja en el rincón de la existencia, en la intimidad de los cuerpos, y nos recuerda la condición de nuestra propia finitud. La existencia en ese primer tiempo se envuelve de un velo ominoso, nos aleja de la envoltura en abrazos, del rostro descubierto, de los afectos en la presencia física.

En un tiempo subjetivo y de forma abrupta ese virus muta la vida, descose y deshilacha el tiempo que hasta entonces ha estado anudado, pautado, cronometrado en rutinas, y obliga a cada persona a resituarlo de otra manera. La realidad se ha inclinado y desde ese talud miramos, vivimos. Una nueva temporalidad en pendiente, un modo azaroso que ensancha e incomoda la existencia.

La comunicación virtual, los cuerpos en lo bidimensional; rostros cubiertos, distancia física, voces que traducen la perplejidad, la angustia, el miedo. El otro semejante, el otro enemigo. Miramos y somos mirados desde esa opacidad.

Pensamos que ese primer tiempo afecta, en palabras de la psicoanalista argentina Alicia Leone (2021), en forma particular a los vínculos, a los lazos sociales (privación de contacto con otros), lo cual conlleva la idea de peligro y una sensación paradójica en donde aquello que calma (el abrazo) se convierte en peligroso. Se movilizan ansiedades depresivas, y en muchos casos persecutorias (pérdidas de seres amados, de proyectos, rutinas, etc.), que son sustento identitario.

Un virus que devela la indefensión del humano.

La indefensión es la marca a fuego de la ontogenia que organiza las múltiples y sutiles redes en las que el sujeto, para acceder a su propio deseo, necesita ser deseado y sostenido metafóricamente y literalmente por sus padres. ¿Y dónde leemos los efectos de esta estructuración, sino en el movimiento del cuerpo y de la voz? (Casas, 1992, p. 83)

Los modos en que la política ha manejado la pandemia han llevado a que se subviertan las coordenadas témporo-espaciales, alterando el sentido de continuidad presente-futuro.

Bleichmar (2010) plantea que el sentido de la vida implica la ecuación de un pasado, un futuro, una proyección, y en ese tránsito ese sentido se iría constituyendo con sus variaciones.

Frente a una realidad desorganizante puede pensarse que ésta establece una incidencia traumática en las subjetividades, debido a la amenaza a la subjetividad que se inaugura cuando las significaciones previas se vuelven insuficientes para simbolizar la realidad o producir representaciones que la capturen y le den un sentido (Bleichmar, 2014, p. 124)

En jóvenes y adolescentes la sensación de no estar preparados frente a las experiencias de traumatismos puede dar lugar a una vivencia de desvalimiento que paraliza e impide la confianza en la posibilidad de futuro. En los adultos se suma, además, el descreimiento en la posibilidad de sostener en lo material, afectivo, pedagógico (contexto de educación virtual), desde el rol familiar o a sí mismos, lo que también conlleva una pérdida identitaria. En cuanto a nosotros como profesionales, se destaca la importancia de salir nosotros mismos del impacto traumático, dado el riesgo de vernos capturados por la inmediatez de tener que dar respuesta a emergentes, o a identificarnos con el desauxilio y el desamparo.

Lugar del duelo

Recibimos en la clínica a sujetos sufrientes, inmersos en la angustia, en el miedo, en el desgano, en la soledad. Algunos transitando duelos por la pérdida de seres queridos de los cuales, en muchas situaciones, no han tenido la posibilidad de despedirse, de llorar a sus muertos con el cuerpo presente.

La privación de rituales produce una alteración de la temporalidad humana y dificulta la eficacia simbólica que tienen los individuos para el procesamiento del duelo. La amenaza continua de pérdida y el aislamiento como forma de cuidado conducen a revisar

las nociones de pérdida, duelo y la concepción del traumatismo (defensas maníacas en particular). (Leone, 2021)

¿Cómo impacta en la subjetividad esta imposibilidad de *duelar* en esa trama de lo psíquico y lo social? ¿Cómo pensar y cómo relatar el horror vivido de tantos sujetos cuando en el día a día recibimos la noticia en clave numérica de la cantidad de muertos que esta pandemia se lleva y nos arrebatata?

La muerte deshumanizada, el sujeto cosificado y privado de su muerte pasa a ser un número más, la muerte convertida en cifra sin el derecho a vivir el rito del velorio, del entierro colectivo, en la ausencia de abrazos, de rituales, de despedidas.

Recordemos el legado de la civilización griega, que nos enseña otro posicionamiento subjetivo frente al duelo: cuando Príamo, padre de Héctor, frente al inmenso dolor por la muerte de su hijo en manos de Aquiles quiere recuperar su cuerpo para poder llorarlo. Y ante el pedido de Hécuba, su esposa, de que no se enfrente a «ese guerrero cruel y pérfido» y de llorarlo desde lejos, en el palacio, Príamo le dice: «No te opongas a mi resolución [...] No me persuadirás. Y si mi destino es morir en las naves de los aqueos revestido de bronce, lo acepto. Máteme, Aquileo, tan luego como abrace a mi hijo y satisfaga el deseo de llorarlo.» (Homero, 2005, p. 647)

El derecho a llorar a los muertos, a poder hacer el duelo colectivo.

El tránsito de lo imprevisible a lo posible

En este presente colmado de perplejidad e incertidumbre, como terapeutas nos hemos enfrentado a una infinidad de desafíos, a implementar nuevas prácticas y a generar nuevos dispositivos a la medida del sufrimiento psíquico de cada sujeto. Interpelados por el mismo sufrimiento, compartiendo la misma realidad.

En un primer tiempo los relatos sobre el virus invadieron el espacio terapéutico, los discursos estuvieron plagados de incertidumbre, angustia de muerte y miedo. La llegada de la vacuna después de largos y esperados meses oficia como agente estabilizador y ayuda a generar cierta estabilidad en los distintos ámbitos de la vida cotidiana.

Hemos observado una búsqueda en ciertas personas de elaboración frente a lo traumático, disruptivo. En la clínica el discurso pasó lentamente de lo colectivo vivido a lo subjetivo sentido, a la autoconservación y a un intento de autopreservación.

Parafraseando a Bleichmar (2006), algo del acontecimiento empieza a tener otras resonancias. El paciente-historiador comienza a producir sobre lo sucedido-acontecido. Aún estamos transitando por este tiempo de incertezas, pero también sabemos que los tiempos de crisis son oportunidades que evidencian el despliegue del pensamiento crítico y creativo.

Poner en perspectiva el pensamiento psicoanalítico supone tener una actitud de exploración y análisis en una interrogante permanente, con un discurso abierto que nos obliga constantemente a revisar conceptos de nuestra disciplina.

El posicionamiento en este lugar parte de la clínica, la cual nos exige ser creativos, crear estrategias y experimentar formas que permitan empatizar con sufrimientos ajenos para que la palabra acompañada de la vivencia en transferencia tenga efectos de escritura, efectos de transformación.

Bibliografía

- Bleichmar, S. (2006). La deconstrucción del acontecimiento. En L. Glocer (Comp.), *Tiempo, Historia y Estructura – Su impacto en el psicoanálisis contemporáneo*. Buenos Aires: Lugar Editorial y APA Editorial.
- (2007). *Dolor país y después...* Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- (2010). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires: Topía.
- (2014). *Violencia Social - Violencia Escolar*. Buenos Aires: Noveduc.
- (2016). *La construcción del sujeto ético*. Buenos Aires: Paidós.
- Casas de Pereda, M. (1992). Estructuración psíquica. *Revista uruguaya de Psicoanálisis*. (N. 76). (pp. 83-94).
- Homero. (2005) *La Iliada*. Buenos Aires: Losada.
- Laguarda, M. [Canal Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica]. (18 de abril de 2020). *Ser psicoanalista hoy. Desafíos frente a las tensiones actuales*. [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=R95jEgJ0ezs>
- Leone, A. [Canal Asociación Uruguaya de Psicoterapia Psicoanalítica]. (14 de mayo de 2021). *La pandemia como revelador. La tramitación del dolor psíquico*. [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=LzVZo9CwxYc>
- Puget, J & Wender, L. (1982) Analista y paciente en mundos superpuestos. *Revista Psicoanálisis. APdeBA*, Vol. (IV), N. (3). (pp. 4-23).